

LA IDEA DE LO COTIDIANO EN LA PINTURA DE LA BAJA EDAD MEDIA

JOSÉ LUIS CORRAL LAFUENTE

1. HISTORIAM LO COTIDIANO

El Diccionario de la Lengua Española en su vigésima segunda edición sólo señala una acepción, «diario», a la palabra «cotidiano». En «diario» admite hasta cinco acepciones; las que aquí nos competen son las dos primeras: «Correspondiente a todos los días» y «Relación histórica de lo que ha ido sucediendo por días, o día por día».

Así, lo cotidiano sería el relato de lo que ocurre todos los días, a diferencia de la historia que sólo atendería a los grandes acontecimientos, a los grandes hombres o a las naciones. Lo cotidiano se había quedado por tanto durante muchos siglos sin historia, o al menos al margen de la Historia, y con ello la inmensa mayoría de la humanidad había desaparecido de la materia historiable. Las masas anónimas eran algo tangencial en el devenir del mundo, apenas una cifra de bajas en una batalla o un listado numérico de habitantes de un territorio, y en cualquier caso no tenían ni voz ni presencia en el escenario, donde sólo cabían los grandes acontecimientos y los grandes personajes.

Para el reconocido historiador francés Jacques Le Goff, la historia de lo cotidiano es «una historia llena de acontecimientos repetidos o esperados»; no en vano fue el mismo Le Goff quien afirmó que «la nueva historia, después de haberse hecho sociológica, tiende a hacerse etnológica».

Y en efecto, a fines del siglo xx la historia de lo cotidiano se puso de moda, tal vez porque los historiadores estaban cansados de tanta Historia social y económica y hastiados de no poder alcanzar la ansiada Historia total, o porque buscaban nuevas ideas para salir del atolladero en que la historiografía se había metido tras la crisis de ideas de finales de los años ochenta del siglo xx. Por ello, lo cotidiano se ha convertido en el nuevo filón de la historiografía.

Además, la historia de lo cotidiano permite bucear en multitud de espacios. Todo lo que no sea estrictamente política, economía, sociedad o cultura puede

ser encasillado como un hecho cotidiano. En Aragón, por ejemplo, podemos encontrar lo cotidiano entre los restos de una casa celtibérica que se quema en el siglo II a. de C., en un testamento del siglo XIII, en un albarán de venta firmado por un judío en 1492, en el inventario de bienes de una casa del siglo XVII en Huesca, en los papeles de un escritor del siglo XIX o en la memoria de un maquis escrita a mediados del siglo XX.

En consecuencia, todo se convierte en historiable desde la perspectiva de lo cotidiano, pues incluso en los grandes acontecimientos, en los asuntos económicos, en las manifestaciones sociales o en los movimientos culturales siempre existen elementos que escapan de los utilizados para construir la historia tradicional. La demografía, el paisaje y el espacio, el tiempo, el cielo y la astronomía, o la astrología, las costumbres y la moral también admiten este tipo de perspectivas.

Pero ¿cómo historiar lo cotidiano? A diferencia de los historiadores británicos, franceses o italianos, los historiadores españoles no hemos sabido escribir bien; hemos prestado poca atención a la forma y hemos abogado por una excesiva dependencia de la literalidad del documento y de la primera lectura de las fuentes. Porque historiar lo cotidiano requiere de una muy diversa metodología, acercarse a las fuentes con otra mirada, aplicar a los documentos otro tipo de análisis y tener muy en cuenta las variaciones históricas generales, y la disciplina metodológica de otras ciencias como la Sociología, la Antropología, la Etnología o la Psiquiatría.

Una tipología de la historia de lo cotidiano requiere un conocimiento previo de la Historia de las mentalidades, de los grandes ciclos religiosos y laicos, manifestados en las fiestas religiosas y profanas, de los ciclos biológicos familiares (nacimientos, bautizos, casamientos y muertes), de la estructura familiar y de parentesco, de la infancia, del ciclo de la vida, de «los diferentes» (mujeres, niños, ancianos, miembros de las diversas minorías, marginados...), etc.

En una historia de lo cotidiano no puede faltar la historia de las comunidades tradicionalmente relegadas, ni los tabúes, ni lo escatológico, ni los milagros y maravillas. Tampoco han de quedar al margen los sentimientos: el amor la amistad, el odio, el miedo, los anhelos y los deseos, el sufrimiento o la envidia. Ni el cuerpo humano y su grado de conocimiento, ni el sexo, la enfermedad y la salud (hospitales, medicinas, medicamentos o curanderos), la higiene o la belleza y su cambiante concepto. Ni siquiera la historia de la alimentación, la gastronomía, el comer y el beber, o aspectos mucho más ocultos.

El paisaje y el espacio cotidianos son distintos al paisaje y al espacio históricos, sólo presentes estos últimos cuando cumplen una función en las grandes historias¹. El vestido y su uso, el viaje y el viajero, el trabajo y el

¹ Vid. por ejemplo Ginzburg, Carlo, *Pesquisa sobre Piero*, Barcelona, 1984.

descanso, las costumbres, la moralidad, el bandolerismo, los utensilios y su uso, lo lúdico y lo festivo, divertirse y cómo hacerlo, la música, el baile, el canto, los juegos, el deporte, la risa y el llanto, el clima, el paso del tiempo y su sensación, la forma de medirlo (campanas y relojes), los ciclos del pasaje, los ritos de la vida, de las creencias y de la muerte... todo ello cabe en la historia de lo cotidiano, que aparece como un verdadero cajón de sastre si no se establece un método adecuado para la clasificación de los parámetros historiográficos.

2. ¿QUÉ ES LO COTIDIANO EN LA BAJA EDAD MEDIA?

Johan Huizinga escribió hace más de tres cuartos de siglo un lúcido ensayo en el cual afrontaba el final de la Edad Media atendiendo a una serie de transformaciones culturales; en ese texto decía: «Si se quiere llegar a entender el espíritu medieval como una unidad y un todo, no basta estudiar las formas fundamentales de su pensamiento en las representaciones religiosas y en la alta especulación, sino que es necesario tener también en cuenta las representaciones de la vida cotidiana y de la práctica vulgar»².

Y así es, pero ¿a qué se refería con las expresiones «vida cotidiana» y «práctica vulgar»? Sostenía el propio Huizinga que «la vida está apesada en rígidas formas», de manera que da la impresión de que «lo cotidiano» y «lo vulgar» es lo que se repite, es decir, lo que no es nada raro, extraño, extraordinario o maravillosos.

Así, los historiadores del Bajo Medievo ha estudiado lo cotidiano a partir de lo repetitivo, todo aquello que tiene que ver con el ciclo de la propia vida, lo contrario a lo diferente, a lo maravilloso y a lo extraordinario, pero también a lo no previsto, como las revueltas sociales, los actos de brujería, las herejías, las guerras, las pestes, los milagros o las catástrofes.

Pero dentro de lo previsto existían en la Baja Edad Media una serie de actos que, siendo previsibles, e incluso estando programados, se salían de lo cotidiano, como las fiestas, los carnavales, las efemérides, o no estando programados, eran previsibles, como grandes acontecimientos públicos –coronaciones, nacimientos, bodas o defunciones reales– o privados –bodas, bautizos, entierros–; ¿todo esto es lo «cotidiano»?

Desde luego, en la Baja Edad Media sabían distinguir entre lo maravilloso (*mirabilia*) y lo cotidiano, de la misma manera que eran capaces de diferenciar

² Huizinga, Johan, *El otoño de la Edad Media*, p. 335, Madrid, 1984.

lo aparente de las verdades ocultas. En un mundo en el que el lenguaje de los signos y la comunicación de mensajes mediante símbolos y ritos era habitual, los colectivos humanos necesitaban de una intercomunicación permanente, tal vez la única manera de soportar los acontecimientos de una vida cotidiana muy dura y llena de dificultades, que se solventaban en no pocas ocasiones gracias a la solidaridad de los grupos humanos; «Jamás el hombre estuvo menos solo»³, se ha dicho de esta época en la que las calamidades eran precisamente parte fundamental de lo cotidiano.

3. LA INTERPRETACIÓN DE LO COTIDIANO

Lo cotidiano no es una categoría; forma parte de la vida culta y de la vida popular, de las formas de expresión de la nobleza y de la condición vital del campesinado. No obstante, el conocimiento de la vida cotidiana de las clases populares de la Edad Media presenta muchas dificultades⁴, más que las que puede ofrecer el estudio de las familias aristocráticas.

Sabemos que la gente, al menos los poderosos, vivían al filo de lo inexplicable, y que los intelectuales se hacían las eternas preguntas sobre el concepto del mundo y la trascendencia del alma, pero ¿ocurría lo mismo entre las clases bajas? ¿Tenían los pobres y los desheredados de la fortuna los mismos escalofríos vitales que muestran algunos filósofos de los siglos xiv y xv? ¿Sentían los mismos miedos que los pintores del gótico reflejaron en sus frescos y tablas?

En el siglo xx Bertold Brecht preguntaba a un lector obrero y proletario, y se supone que con conciencia de clase, «¿Quién construyó Tebas de las siete puertas?». Pues bien, para la Baja Edad Media cabría preguntarse ¿cómo veía la vida y sus manifestaciones un campesino?, ¿cómo la veía un burgués?, ¿cómo la veía un noble o un rey?

Las respuestas serían muy diferentes, pues es obvio que una respuesta interclasista es imposible, y si se intentara, constituiría un evidente error. Porque en una sociedad como la bajomedieval, donde muy pocos leen, los analfabetos, es decir, la inmensa mayoría, contemplan el mundo a través de lo que ven y de lo que oyen. Lo que oyen es lo que los poderosos cuentan y lo que ven es lo que esos mismos poderosos ordenan que se pinte.

El control de la información es esencial para el dominio de las conciencias, pero en lo cotidiano del Bajo Medievo es necesario además proteger lo propio

³ Tuchman, Bárbara, *Un espejo lejano. El calamitoso siglo xiv*, p. 57, Barcelona, 2000.

⁴ Van Engen, John, «The Christian Middle Ages as an Historiographical Problem», *The American Historical Review*, 91/3, p. 519, 1986.

ante lo ajeno, y no sólo las creencias y los ritos, sino también lo que se produce, lo material. La cultura se impone a las clases populares a partir de un esquema simple: el modo de sociedad está condicionado por el modo de producción de la vida material, la manera de pensar es el reflejo del modo de vida, y la imagen de lo cotidiano es la imagen de las formas sociales y económicas ideales que se transmiten a partir de la pintura.

La protección de esas formas de vida y de producción, de lo cotidiano, es asumida como algo esencial para mantener el estatus; la prohibición, por ejemplo, de comerciar con productos foráneos, como el vino, que se establece en muchas localidades en la Baja Edad Media es una medida cotidiana de proteger la producción local, la propia, ante importaciones, que sólo se consienten cuando se acababa el producto local, cuando se han agotado las existencias propias.

Algo similar a lo material ocurría en la esfera de las creencias y de lo «intelectual»; las respuestas a los problemas trascendentes que sobrepasaban lo cotidiano se buscaban en la cultura propia, y sólo fuera de ella cuando en ésta no se encontraban.

Porque en la Baja Edad Media, la identificación de lo propio está sobre todo en lo cotidiano, y es ahí donde se interpreta la diferencia. Un ejemplo patente de esto está en el proceso que se abrió contra Juan de Granada, un musulmán llamado Mahoma Jufre, que se hizo cristiano pero que retornó a la práctica de ritos y manifestaciones «cotidianas» del islam. Ocurrió en Aragón en 1488, y en su proceso, fue acusado de tornadizo porque «Vive como moro», «Va a la mezquita», «Come como los moros», «Tiene nombre moro» y «Guarda las fiestas de los moros»⁵. Es decir, todas las acusaciones que se vierten sobre él se refieren a manifestaciones de lo cotidiano (vivir, comer, divertirse o llamarse).

¿Dónde está aquí el pensamiento diferente del mundo cristiano y el musulmán, dónde las creencias, dónde la doctrina? Simplemente no cuentan, sólo la práctica externa de lo cotidiano.

4. LOS SÍMBOLOS Y LOS SENTIMIENTOS EN LA PINTURA GÓTICA

La Baja Edad Media es el universo de los símbolos. El significado de señales, gestos y ritos nunca tuvo, probablemente, tanta trascendencia como en los siglos XIV y XV. Y no hay mejor lugar para exponerlos que la pintura.

¿Es posible cotejar si lo que aparece en la pintura es lo que se cuenta en los documentos? ¿Y lo que no está en los textos? Ya avisó el citado Huizinga que

⁵ Ledesma, María Luisa, «Mudéjares tornadizos y relapsos en Aragón a fines de la Edad Media», *Aragón en la Edad Media*, VI, pp. 263-292, 1984.

«El retablo sirve de ostentación y suscita la piedad de los fieles; mantiene despierta la piedad del donante», de modo que no deberemos ver en la pintura gótica un fiel reflejo de la vida cotidiana bajomedieval, sino mejor un ideal, o en su caso una denuncia, de esa misma vida.

Los códigos de comportamiento cotidiano de la sociedad bajomedieval se reflejan en la pintura gótica de manera asombrosa: el nacimiento, los diferentes pasajes de la vida, la muerte...⁶ Los retablos góticos son un verdadero catálogo de imágenes en las que se refleja cuál ha de ser el ideal del comportamiento humano: Cristo, los santos y sus vidas ejemplares son los modelos a seguir.

El imaginario colectivo identifica de inmediato las pautas de comportamiento allí expresadas y las aplica a su vida cotidiana. Todo un mundo de sentimientos se despliega ante los ojos de los fieles, que reconocen el presente en las escenas que pretender reflejar el pasado.

La infancia suele ser la gran ausente, y cuando aparece sólo lo hace de manera anecdótica y casi siempre personificada en Jesucristo niño, un ser extraordinario cuya vida fue todo lo contrario de una vida «cotidiana»⁷. Porque la infancia es un estado en el que los seres humanos casi no lo son, todavía; así lo escribía a comienzos del siglo xiv una mujer de mente tan abierta como la beguina Margarita Porete, que fue quemada en la hoguera: «Cuando vivía de leche y papillas y aún hacía el tonto...»⁸.

El miedo a morir es obsesivo y así aparece reflejado en la pintura. Los seres humanos jamás han aceptado la muerte, y sólo lo han hecho «los elegidos», los seres extraordinarios que son capaces de afrontarla sin miedo, como Jesucristo en la cruz o los mártires en el cadalso. El miedo queda para la mayoría⁹, para los seres no elegidos, porque parece claro que en la baja Edad Media pocos dudaban que serían más los condenados al infierno que los merecedores del paraíso.

El amor era algo extraordinario. En una sociedad en la que el matrimonio estaba condicionado por una decisión paterna, apenas había espacio para los

⁶ Lacarra, María del Carmen, «Estampa de la vida cotidiana a través de la iconografía gótica», *VIII Semana de Estudios Medievales*, pp. 47-76, Nájera 1997; y Pendas, Maribel, *La vida cotidiana en la Edad Media a través del arte gótico*, Barcelona, 2000.

⁷ García Herrero, María del Carmen, «Administrar del parto y recibir la criatura: Aportación al estudio de la Obstetricia bajomedieval», *Aragón en la Edad Media*, VIII, pp. 283-292, Zaragoza, 1989.

⁸ Porete, Margarita *Elogio de las almas simples*, Barcelona 2005; con unos brillantes estudio y edición de Blanca Gari.

⁹ García Herrero, María del Carmen, «La muerte y el cuidado del alma en los testamentos zaragozanos de la primera mitad del siglo xv», *Aragón en la Edad Media*, VI, pp. 209-245, Zaragoza, 1984; y «Ritos funerarios y preparación para el bien morir en Calatayud y su Comunidad (1492)», en *Rev. Jerónimo Zurita*, 59-60, pp. 89-120, Zaragoza, 1989.

enamorados¹⁰. Eloísa y Abelardo o Beatriz y Dante son casos extraordinarios de enamorados, y por ello o bien acabaron de horma trágica o se sumieron en una angustia infinita. El amor no tiene cabida en lo cotidiano, ni siquiera cuando los caballeros se embelesaban antes las ideas del amor cortés como ideal, un ideal que no respetaban precisamente en su vida cotidiana. El aserto que Chrétien de Troyes hizo en el siglo XII, «lo mejor del amor es hacerlo», suena extraño en la Baja Edad Media, más proclive al aserto de los griegos de que «lo mejor del amor es no hacerlo». Por eso, cuando los artistas pintan escenas de amor, lo hacen como algo fuera de lo cotidiano, como una excentricidad de amantes alocados o como reflejo del pecado de unos condenados.

Por el contrario, el sexo sí era algo cotidiano. No parece que fuera un tema tabú, como lo será a partir de principios del siglo XVI y hasta bien cumplido el siglo XX, pero hay poco sexo en la pintura gótica, y ello a pesar que las barraganas, incluidas las de los clérigos, eran aceptadas en la sociedad y a que proliferaban los prostíbulos, habituales en el paisaje de todas las ciudades medievales¹¹. Pero, tal vez por habitual, el ojo del pintor miraba hacia otra parte.

En este sentido hay que tener en cuenta que el cuerpo humano, como elemento físico, fue despreciado, condenado y humillado por no pocos «intelectuales» del Medievo. Pero es ese mismo cuerpo el que discurre por lo cotidiano. El cuerpo físico nace, pero a lo largo de la vida necesita comer, vestir, reproducirse, y además enferma, sana, aprende, reza, disfruta, sufre, desea, sueña y al fin muere. Aunque tal vez todo esto, y ni siquiera su supuesta condición espiritual, no fuera tan trascendente como para que accediera al rango de «interés histórico»¹².

Algo similar ocurre con la felicidad y la risa. Algunos intelectuales del Medievo estaban verdaderamente obsesionados con la risa. Unos pocos, siguiendo a Aristóteles, que aseguró que «la risa es propia del hombre», defendían esta manifestación física de un estado de ánimo, pero eran más los que creían que la risa era «parte del diablo» y que conducía a la práctica de acciones bajas. Porque, ¿quién se ríe en los retablos góticos? Desde luego, Cristo nunca lo hace, ni la Virgen, ni los santos, ni los bondadosos. La sonrisa es propia de los malvados, de los demonios y de sus acólitos. Quizá la gran herejía de Leonardo da Vinci fue dibujar a la Virgen y a alguna santa con una ligera son-

¹⁰ García Herrero, María del Carmen, «Las capitulaciones matrimoniales en Zaragoza en el siglo XV», *En la España Medieval*, VIII, pp. 381-398, Madrid, 1986.

¹¹ García Herrero, María del Carmen, «Prostitución y amancebamiento en Zaragoza a fines de la Edad Media», *En la España Medieval*, XII, pp. 305-322, Madrid, 1989.

¹² Le Goff, Jacques, y Truong, Nicolas, *Una historia del cuerpo en la Edad Media*, p. 17, Barcelona 2005; estos autores recuerdan que en 1292 la ciudad de París llegó a tener 26 baños públicos.

risa esbozada en sus labios. No en vano, es en la fiesta, espacio para el pueblo y tiempo que rompe la monotonía diaria, donde se ríe¹³.

Los altos mandatarios de la Iglesia medieval vivían en la opulencia, pero su mensaje era de un permanente elogio de la pobreza. Algo cambiaron las cosas a comienzos del siglo XIV, cuando el papa Juan XXIII proclamó que la exaltación de la pobreza «per se» era herética, pero ni siquiera la condena papal fue óbice para que la pobreza se considerara como una virtud.

¿Qué veía, pues, la gente de la Baja Edad Media en la pintura gótica?: ¿lo que los poderosos querían que viera?, y ¿qué vemos a principios del siglo XXI?

Entre 1337 y 1339 Ambrogio Lorenzetti pintó en las paredes del palacio Comunal de Siena unas escenas del buen y el mal Gobierno. En una de las escenas (figura 1), el buen Gobierno lo plasmó en una imagen urbana en la que, precisamente, todo lo que ocurre son manifestaciones de la vida cotidiana, eso sí, cada clase social está realizando las actividades que eran propias de su estatus. Es la imagen perfecta de lo cotidiano en la ciudad. Dos siglos más tarde, en 1559, Pieter Brueghel reflejó en un cuadro (figura 2) un combate entre don Carnal y doña Cuaresma. También recoge la vida cotidiana en una ciudad. Entre ambas pinturas han pasado más de dos siglos, toda la Baja Edad Media, y en ese tiempo habían cambiado muchas cosas. De una sociedad ordenada, en la cual cada uno estaba en su sitio, se ha pasado a un desorden absoluto, al reino del caos.

Son dos cuadros que recogen sendas escenas urbanas, ambas reflejan el acontecer cotidiano pero entre ambas se había abierto un espacio demasiado grande y la vida cotidiana había empezado a ser tratada de forma muy distinta.

Se dice que el arte suele embellecer la realidad, y desde luego, la pintura gótica la embelleció, aunque a veces reflejándola con crueldad. Por lo que respecta a la vida cotidiana de la Baja Edad Media, tan cargada de símbolos¹⁴, la pintura gótica convirtió el ideal de vida cotidiana en el modelo, y lo pintó para deleite de cuantos lo contemplaron.

¹³ Corral, José Luis, «La ciudad bajomedieval en Aragón como espacio lúdico y festivo», *Aragón en la Edad Media*, VIII, pp. 185-197, Zaragoza 1989; Rodrigo Estevan, María Luz, *Poder y vida cotidiana en una ciudad bajomedieval. Daroca*, Zaragoza, 1996.

¹⁴ Pastoreau, Michel, *Una historia simbólica de la Edad Media occidental*, Buenos Aires, 2006.



Fig. 1. Ambrogio Lorenzetti, *Alegoría del Buen Gobierno* (detalle), 1338-1339. Palacio Público de Siena.



Fig. 2. Pieter Bruegel el Viejo, *La riña del Carnaval con la Cuaresma* (detalle), 1559. Viena, Museo de Historia del Arte.

